

AUGUSTA.

¿Qué piensas?

FEDERICO, *con pasión.*

Pienso que no hay nada mejor que condenarse contigo. (*Para sí.*) ¡Y qué hermosa la muy...! Toda la legalidad del mundo no vale lo que sus ojos.

AUGUSTA.

¿No me quieres ya?

FEDERICO.

¿Y tú á mí?

AUGUSTA.

¡Borricote!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sala en casa de Federico.

CLAUDIA, BÁRBARA, *la primera con un chiquillo en brazos, la segunda con manto, como si entrara de la calle.*

BÁRBARA.

Cuéntame, mujer. Es particular que todos los lances gordos han de ocurrir siempre en los días que yo estoy fuera.

CLAUDIA.

Pst... chitito... Habla bajo... Federo no duerme, aunque está en la cama. Además, ha venido el papá.

BÁRBARA.

¡El señor!

CLAUDIA.

Anoche entró por esa puerta. La semana pasada, cuando empezamos á ver en el cielo la estrella con rabo, me dijo Pepe: «Alguna desgracia vendrá sobre el universo mundo.» Y ya ves cómo no se equivocó. Pepe tiene mucho talento, y también anunció lo de Clotilde. «Esa niña—me decía—os va á dar un disgusto.»

BÁRBARA.

Francamente, no la creí capaz de una resolución tan fuerte. Cuéntame... ¡Pobre niña! Ni pensé que la apretaran tanto las ganas de marido. ¿Es cierto que no está ya en la casa?

CLAUDIA.

Chist... (*Vigilando las puertas.*) Pues voló. ¡Valiente chasco nos ha dado! Yo tampoco la creí con alma para arrancarse así. Federo, rabioso, te echa á ti la culpa.

BÁRBARA.

¡A mí! En el nombre del Padre...

CLAUDIA.

Dice que tú le has dado alas, y que cuando el chiquillo ese empezó á hacerle garatusas, con la pluma en la oreja, desde el entresuelo de enfrente, tú y yo debimos cerrar los balcones y no permitir á la niña que se asomase. Claro, quería que fuéramos *verdugas* de la infeliz señorita.

BÁRBARA.

Verdugos se dice... Es un egoísta, un tirano, y no se hace cargo de que Clotilde, por vivir aquí sin trato con sus iguales, no había de librarse de la regla de amor. Llegada la edad en que el corazón hace cosquillas, las mujeres necesitamos querer y que nos quieran; y si no se

presentan duques, apencamos con lo que sale, aunque sea un suda-tinta. No sé para qué quiere el señorito el talento que tiene, si no le sirve para hacerse cargo de una cosa tan sencilla.

CLAUDIA.

Eso no tiene vuelta de hoja. Pero no lo entiende. Ayer nos ha puesto á ti y á mí que no había por donde cogernos... Que si tú le traías las cartas á Clotilde, que si... ¡Josús!

BÁRBARA.

Pues no me pesa..., ea. ¿A quién, como no fuera de bronce, no se le partiría el alma viendo las miradas de pólvora que se echaban los pobrecitos de balcón á balcón? Era una contracaridad dejarles consumirse sin el consuelo de un papelito. Francamente, yo no he nacido para ver padecer á nadie. Traje la primer carta..., y la segunda y la tercera. Por cierto que tiene una letra preciosa, y que pone la pluma con muchísima sal.

CLAUDIA.

Pues de mí dice que merezco la horca y el presidio y hasta el infierno, porque le abrí la puerta al otro para que entrase á ver de cerca á su novia... Que se ponga en mi caso. Los chicos, con el carteo y las miradas, estaban tan babosos, que no se les podía aguantar. Ella ni dormir, ni comer, ni hacer cosa ninguna al dere-

cho. Intenté quitarle de la cabeza su locura, y me puse ronca de tanto predicarle. Pues como si hablara con esta mesa. «Clotilde, mira que tu hermano no consiente esto..., mira que...» Mientras más le chillaba, peor. Cosa perdida. ¿Qué íbamos ganando con cerrarle la puerta al jovencito ese?

BÁRBARA.

Nada; que no pudiendo entrar por la puerta entrase por la ventana. Un hombre ciego de amor es temible. Hasta pudo suceder que pegase fuego á la casa para poder entrar disfrazado de bombero. Se han dado casos.

CLAUDIA.

Esa misma cuenta écheme yo. Pero á Federico no le entran razones, y lo que es yo bien tranquila tengo la conciencia, porque si abri... (*Suena el timbre de la puerta.*) Lllaman. Debe de ser alguna fiera. Aguarda un momento. (*Sale.*)

BÁRBARA, *sola.*

¡Ay!, qué egoístas son estos hombres. Todo lo bueno ha de ser para ellos, y para nosotras, las del bello sexo, trabajos, hambres de amor y el no gozar de nada. Ellos se divierten con cuanto mujer encuentran, y á nosotras, si un hombre nos mira ó le miramos, ya nos cae encima la deshonra, y empieza el run run de si lo eres ó no lo eres... ¿Pues qué quería ese tonto? ¿Que

mientras él se daba la gran vida su hermana se pudriera en casa como una monja? No; la chiquilla, aunque parece tan para poco, tiene el moño muy tieso, y ha demostrado que sabe dejar bien puesto nuestro pabellón. ¡Ay, bello sexo! ¡Qué falta te hacen muchas así, resueltas y con garbo para darle el quiebro á la tiranía!

CLAUDIA, *entrando.*

Lo que dije: era un *inglés...*, el de las alfombras. Le he dado el jabón que usamos aquí... ¡Qué *tronitis* en esta casa! Pues te decía que si abrí la puerta á ese mocoso ha sido con la mejor intención del mundo, y si se vieron algunos ratitos fué delante de mí. Otra cosa no hubiera yo consentido. ¿Qué pudo pasar? Que cuando yo me distraía ó daba una vuelta á la cocina, se pegaban de besos; pero como yo estaba con mucho ojo, y... Ya sabes cómo las gasto. Les reprendía, les ponía cara muy dura, diciéndoles que no me comprometieran, y el chico tan agradecido... «Doña Claudia—me decía,—cuando nos casemos usted será nuestra segunda madre.»

BÁRBARA.

¡Pobres criaturas! No les entenderá quien no sepa lo que es un primer amor. ¿Qué sabe Federico de esto, si él no ha tenido primer amor, y todos los que gasta son segundos? Yo me acuer-

do de cuando me emperre por Valeriano el cochero, que me dió palabra de casarse conmigo... ¡Qué amarguras y qué dulzuras!... Pero esto no viene al caso. Cuéntame lo de la fuga. Yo me imagino que se engolosinaron con la besuquina, y con verse las caras de cerca..., es cosa que marrea..., y que resolvieron morir ó casarse.

CLAUDIA.

Así debió de ser. Los pícaros la tramaron por cartas, pues delante de mí nunca hablaban más que soserías, como si tuvieran vergüenza el uno del otro. Pues señor, anteanoche sentí á Clotilde levantada. Como suele velar para coserse la ropa, no me extrañó. La bribona, según después comprendí, estaba recogiendo y empaquetando en dos ó tres lios sus vestidos y la poca ropa blanca que tiene. Por la mañana temprano, la sentí andando con pisadas de gato por los pasillos, y me alarmé. Díjele á Pepe que aquellos andares me oían á escapatoria, y Pepe, que es muy largo, rezongó: «¡Cuando digo yo que...!» Levantéme; pero por pronto que acudí, ya el pájaro había salido de la jaula. Echábame yo la enagua, cuando la sentí descorriendo el cerrojo con mucho cuidado, como lo descorren los rateiros. Salí al pasillo..., y ya iba ella echando chispas por las escaleras abajo. Se llevó la ropa en tres paquetes grandes.

BÁRBARA.

¿Y cómo sabes que fué en tres?

CLAUDIA.

Porque me lo dijo la portera que vió salir á Santanita, primero con un paquete, luego con dos, y después con Clotilde: total, cuatro paquetes... Yo me quedé como puedes suponer. Pero me tranquilicé pensando: «Lo que había de ser, que sea de una vez.» Sobre la mesa del comedor dejó la chiquilla una carta para su hermano; pero éste no se enteró de la fuga hasta la hora de almorzar. ¡Qué mal rato pasé, hija! Nada, que me eché á llorar, y de la medrana que sentí, se me fijó un dolor de clavo en la sien, ¡ay!, que no se me ha quitado todavía. No te quiero decir cómo se puso el hombre al leer la carta. Tuve que salirme y dejarle solo: la cama retemblaba de la fuerza de los aspavientos que hacía. Y después de despotricarse contra mí, la emprendió contigo, y á esta quiero á esta no quiero, nos zarandeó bien. Pues nada, que inmediatamente nos habíamos de plantar en la calle, porque éramos unas... alcahuetas, etcétera...

BÁRBARA, riendo.

¡Qué bobo! Sí; cualquier día nos echa á nosotras, debiéndonos, como nos debe, tres mil y pico de reales.

CLAUDIA.

Y aunque no nos los debiera... ¿Pero tú crees que puede vivir sin nuestras reverendísimas personas? Le somos tan necesarias como el aire.

BÁRBARA.

No encontraría otras que le soportaran. Es un niño mimoso, y seríamos tontas si hiciéramos caso de sus rabietas. Yo, mientras no le pase esta calentura, me guardaré de ponerme delante, porque francamente, si me dice *pitos*, le contesto *flautas*. No tengo la paciencia que tú para aguantar sus desvergüenzas, y me desboco. Ayer no quise venir en todo el día, porque temo á mi dignidad, que no se anda en chiquitas; y hoy me marcharé antes de que su señoría se levante.

CLAUDIA.

Hoy debe de estar más aplacado, porque el señorito Infante pasó ayer con él toda la tarde y le sermoneó de firme, diciéndole unas verdades como puños. Yo le escuchaba, poniendo la oreja en el agujero de la llave, y te aseguro que le leyó bien la cartilla. (*Enumerando por los dedos.*) Que él era el causante de todo por tener á su hermana abandonada y fuera de su *alimento*...

BÁRBARA.

De su elemento diría.

CLAUDIA.

Eso es, de su elemento... Que la chica no es de palo, y que á alguien había de querer, porque la edad, el sexo, la ilusión, *etcétera*... Pero el otro, más orgulloso que D. Rodrigo en la horca, no se daba á partido, y dijo que jamás haría á Santanita el honor de mirarle. ¡Anda!

BÁRBARA.

¡Palabrería! Esas bravuras se convierten en humo. Al fin tendrá que apencar con el hortera y llamarle su hermano; y llegará día, acuérdate de lo que te digo, en que se vuelvan las tornas, y este señorito tan orgulloso irá á pedirle á su cuñado un pedazo de pan. Los muy soberbios acaban siempre á los pies de los humildes.

CLAUDIA, *con incredulidad.*

Me parece á mí que eso no lo veremos. Primero se muere él de hambre en un rincón que rebajarse. No es como su papá, no...

BÁRBARA.

¿Y cuándo dices que llegó el señor?

CLAUDIA.

Anoche. Parece que el demonio lo hace. Figúrate que oigo llamar á la puerta; salgo creyendo que era el carbonero, y me encuentro con D. Joaquín. Pegué un grito como si me

viera delante un toro de Miura. No sé por qué me da miedo ese hombre, que es amable y la trata á una como á señora... Me acuerdo de lo que padeció por él nuestra pobrecita ama, y sus zalamerías me ponen carne de gallina.

BÁRBARA.

¡Ay, qué hombre! Créete que no viene á nada bueno. ¿Y qué hablaron hijo y padre? ¿Cómo le recibió Federo? Cuéntame... Pero me sentaré, que ahora estamos solas y podemos charlar todo lo que queramos. Mi Vicente me espera para almorzar; pero déjalo que aguarde, que bastantes plantones me ha dado él á mi en esta vida.

CLAUDIA.

Pues cuando le vió entrar, quedóse más blanco que el papel. Se abrazaron. Luego cerró Federo la puerta, y yo más lista que él, arrimé la oreja y oí... D. Joaquín preguntó por la niña, extrañando no verla, y el otro, mascando mucha hiel, le contó la ocurrencia. ¿Crees tú que el padre se remontó, echando los pies por alto? No, hija; lo tomó con calma, con mucha calma. Yo me hacía cruces oyéndole decir que si los chicos se quieren, no hay razón ninguna para oponerse al casorio, y que él es partidario de que no haya clases, porque eso de las clases es un *maricronismo*.

BÁRBARA.

Ana... cronismo me parece que se dice; pero no estoy segura... Pues ese hombre será un tarambana; pero lo que es talento, ¡vaya si lo tiene!

CLAUDIA.

Es que se hace cargo de la razón de las cosas, y no lleva en la cabeza tanto viento como el hijo. ¡Buena está la familia para gastar humos! El padre hecho un judío errante por esas tierras; Federo sin una mota, viéndolas venir y comido de deudas. (*Suena la campanilla.*) ¡Ay!, llaman otra vez. Espérame un momento. (*Sale.*)

BÁRBARA, *sola, abanicándose.*

Bien merecido le está á ese botarate lo que le pasa; pero muy bien requetemerecido. ¡Empeñarse en que ha de haber clases, cuando la realidad ha dispuesto que no las *haiga!* ¡Cabeza más dura! Y que no las hay, no las hay, aunque lo pida el *Sursum corda*. Lo que dice mi Vicente: «Con la libertad todos somos todo, y nadie es nada.» Ese tonto de Federo bien sé yo lo que pretende: vivir él como un duque y que Clotilde sea su esclava. Bien sabe él ponerse su frac todas las noches para ir á comer á las casas grandes... Y la niña hecha un pingo, sin tratar con personas finas. Eso es, como dijo el otro, abrir un abismo... Anda, fachendoso, para que vuel-

vas otra vez á jugar con abismos. Ó hay igualdad ó no hay igualdad. Santanita vale tanto como tú ó más que tú, porque sabe la partida doble, y tú no entiendes más libro que el de las cuarenta hojas.

CLAUDIA, *entrando*.

Otra fiera. Esto no es vivir. Ya no sé qué decirles. Pero al fin, éste lleva cuerda para veinticuatro horas... Pues, como te decía, el padre está blando, pero muy blando. Dijo que pensaba ver á Clotilde mañana mismo (por hoy), y Federico, sacando la voz de los talones, le contestó: «Véala usted si quiere. Para mí es como si se hubiera muerto.»

BÁRBARA.

¡Habrás pillado!... ¿Y tú has visto á Clotilde?

CLAUDIA, *en voz muy baja*.

Si que la he visto. Cállate la boca. Cuidado cómo te das por entendida. Anoche dí un salto á casa de la viuda de Calvo, donde está depositada, ¿sabes?, aquella señora tan vieja y tan acartonadita que parece de caoba. Según dicen es muy sabia, pero muy sabia, y más antigua que Jerusalén. Vive ahí en la calle de Atocha. Rabiaba yo por ver á la niña y decirle que ha llegado su papá, que viene tierno y que le dará el consentimiento. No pude hablar con ella más

que dos palabras, porque la de Calvo estaba presente y me ponía una jeta que daba escalofríos. Pero, en fin, allá le soplé lo que más importaba. El papá debe de estar allá. Salió muy temprano..., serían las ocho..., y dijo que vendría á almorzar. Anoche estuvo Federico hasta las tantas escribiendo cartas. Cosas de mujeres, y líos mil que trae siempre entre manos. Hombre de más *enreditis* no creo que exista, y lo mismo se aplica á las altas que á las bajas.

BÁRBARA.

¿Qué es eso de altas y bajas? Todas somos iguales. El arrastrar terciopelos ó ajustarse una mala saya de tartán no significa diferencia más que en lo de fuera. Como no salgan diferencias en el honor, créete que en los trapos no la hay... ¿Y dices que escribió muchas cartitas? ¡Valiente trapacero! ¡A quién engañará ahora!

CLAUDIA.

Vete á saber.

BÁRBARA.

Si se acostó tarde, no se levantará en todo el día, y podré estar aquí. Francamente, temo encaramarme con él.

CLAUDIA.

Pues mira, hija, me parece que... (*Acércase á la puerta del foro y aplica el oído*.) ¿Sabés que me parece que anda ya por ahí?

BÁRBARA, *levantándose azorada.*
¡Ay, hija, no me lo digas!

CLAUDIA.
Bien puedes echar á correr. Levantado está.

ESCENA II

Las mismas. FEDERICO, *que entra por el foro.*

BÁRBARA, *tratando de escapar por la derecha.*
Por aquí me escabullo.

FEDERICO.
¡Eh!... ¿Quién es esa que huye de mí? Bárbara.

CLAUDIA.
Quédate, mujer, que no te comerá.

BÁRBARA, *medrosa y turbada.*
Mi marido me espera.

FEDERICO.
Tu conciencia no te permite ponerte delante de mí.

BÁRBARA.
¿Mi conciencia? Yo no tengo culpa de nada. *(Temblando.)* Bastante le dije á la niña que no hiciera locuras.

FEDERICO.
¡Valiente hipócrita estás tú! Entre las dos me habéis jugado una partida serrana. Debiera

poneros en la calle, después de daros una mano de azotes.

CLAUDIA.
¡Pues no dice que nosotras...! ¡Josús! ¡No me incomode..., después que...!

FEDERICO.
Silencio. Ya sé que me aborrecéis. ¡Bien merecido lo tengo por lo bien que me he portado con vosotras!

BÁRBARA.
¡Aborrecerle! Eso sí que no, aunque usted no nos puede ver.

FEDERICO.
¿Cómo está Vicente?

BÁRBARA.
Mejor; pero no puede seguir en la ambulancia. Es preciso que le asciendan, llevándole á la central. Usted puede hacerlo.

FEDERICO.
¡Yo!

BÁRBARA.
Sí, usted. Pero no se interesa nada por quien bien le sirve. Que vivamos ó que nos muramos, lo mismo le da.

FEDERICO, *con desvío.*
¡Así reventarais!... Efectos de contagio. Hablando con ellas, me siento también grosero.

BÁRBARA, *para sí.*

Está de buenas. Aquí que no peco. (*Alto.*)
Asciéndame usted á mi marido.

FEDERICO.

¡Que te le ascienda yo!

BÁRBARA.

Si usted quiere, bien podrá hacerlo; pero lo dicho, no nos hace caso, y es todo *ingratitud*. Conque me le empuja, ¿sí ó no? Basta con que le pida una recomendación al Sr. de Orozco, que es tan amigo del director de Correos.

FEDERICO, *con desabrimiento.*

¿Y qué tengo yo que ver con el Sr. de Orozco?

BÁRBARA.

Toma; que son ustedes uña y carne.

FEDERICO.

Vete al diablo, y déjame en paz. (*A Claudia.*)
¿Quién ha venido hoy?

CLAUDIA.

Los del jubileo de todos los días. *Inglesitis.*

FEDERICO.

¿Ninguno se ha roto la crisma al subir ó al bajar?

CLAUDIA.

Ninguno. Yo sí que ya no tengo crisma de tanto calcular las respuestas que debo darles.

FEDERICO.

¿Y papá ha salido?

CLAUDIA.

Sí, señor; pero viene á almorzar.

FEDERICO.

Pues vete á la cocina, que es tarde. Ea, dame acá ese chiquillo. (*Toma de los brazos de Claudia el niño, y le mimó y zarandea.*) Ven acá, Fefé, ángel de Dios. ¡Qué gusto tener un amigo inocente y puro, que no se permite otra malicia que tirarnos de las barbas! (*El chiquillo suelta la risa.*) Bien, bien, eres feliz conmigo. Esto consuela.

CLAUDIA, *al chiquillo.*

Sol del mundo, soberano pontífice, regente del reino..., no le beses, que es muy malo. Pégalé, pégalé.

FEDERICO, *besando al niño.*

Me quiere más que á ti. Lo que él dice ahora con esos gruñiditos es que desea estar solo conmigo, y que os larguéis pronto.

CLAUDIA.

Gloria patri, ¿verdad que no?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1916. 1625 MONTERREY, MEX.